



ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

LA PROPAGANDA

“¿Quiere hacerse famoso? Acuda a nuestras oficinas”. Era el anuncio que Daniel leía en el periódico. Después de una noche intranquila transcurrida en las inquietudes reflejadas en los sueños tormentosos que había tenido, trataba de distraerse con la lectura del diario.

En el pequeño departamento que habitaba desde hacía un año, cuando llegó de su pueblo, forjaba ilusiones y profusos deseos de éxito. Había venido de su provincia para conquistar la ciudad. Su padre le enviaba mensualmente una cantidad considerable con el fin de que se sostuviera con cierta holgura, sin apremios. Estudiaba en la universidad, pero él sentía que no era su medio. Él quería ser actor, un actor conocido y admirado en todo el orbe; por eso la insatisfacción carcomía cada uno de sus proyectos de vida.

Conquistar Hollywood algún día. Ser un superestrella del cine.

Deseaba con vehemencia la fama, no podría esperar más. Era indispensable que desde ahora comenzara a ser el punto del interés público. Quizá por ello adoptaba en cualquier lugar poses insultantes que muchas veces terminaban en escándalos. Y él sentía un placer infinito... Se lucía.

Tenía muchos amigos y con ellos había organizado un club literario bastante unido.

¡Cómo se divertían! Lo mismo montaban una obra de teatro que hacían excursiones.

Eran una asociación hácelotodo. No obstante, a Daniel no le bastaba ese éxito reducido,

anhelaba mayores triunfos, inmensos. Que todo el mundo hablara de él, que lo señalaran con admiración, que corrieran las multitudes para conocerlo como si hubieran deseado palpar la existencia de esa leyenda viviente. Y en estos febriles pensamientos se arremolinaba su cerebro. Además, todos sus amigos coincidían en afirmar que tenía grandes cualidades para la actuación, además de un apuesto físico de atleta. No en balde pasaba horas en el gimnasio y en sus espejos.

Ahora había visto aquel letrado. “¿Quiere usted hacerse famoso?” Y él encontró una respuesta a sus interrogantes. Su padre, no un pobre campesino, sino un rico ganadero, podía darle un poco más para pagar en publicidad y hacerse partícipe de la victoria. Ya parecía verse convertido en el centro de la fama y de los comentarios. Nadie dejaría de hablar de él. Sería la referencia obligada de la farándula. Sí, acudiría a pedir informes. Eso es lo que haría de inmediato. Por unos cuantos centavos de inversión, a cambio agrandaría su personalidad hasta hacerla admirable y entonces ya no sería uno más de los tantos desconocidos provincianos que venían a la ciudad en busca de mejoramiento. ¡Sí! Eso era lo que haría. ¡No importaba cómo! ¡No quería ser uno más entre el montón de extraños!

* * * * *

—Tenemos una inmensa red publicitaria en todas las ciudades del país. Ellas se encargan de cumplir con las órdenes que aquí expidamos. ¿Quiere usted tarjetas, cartelones, anuncios para paredes, gas neón, entrevistas, informaciones sensacionalistas, noticieros de cine y de televisión? Podemos formar un gran truco publicitario y sólo por la cantidad fijada.

—Me parece excelente. Ahora mismo le daré un anticipo. Quiero ver mi nombre con letras muy grandes anunciado en todas partes primero, en gigantescos espectaculares para despertar curiosidad. Que la gente pregunte sobre mí y que nadie sepa responder quién soy. Durante un mes, cotidianamente, sólo mi nombre. Después, invéntese historias, anécdotas, viajes. Que todos crean que se trata de un personaje notable. Luego de dos meses, publíquense mis fotografías con pies elogiosos. Para entonces nadie habrá dejado de enterarse o de escuchar por lo menos, cualquier asunto relativo a mí. De seguro, algún productor cinematográfico se fijará en mí y querrá capitalizar mi fama incipiente al contratarme, porque verá en mí a un imán taquillero. ¿Qué le parecen mis sugerencias a su proyecto?

—¡Maravillosas! Resultó usted un magnífico publicista. Lo contrataría encantado. Sus ideas ágiles me permiten presagiarle un gran éxito en cualquier actividad que realice.

—No es para tanto... Lo único que quiero es hacerme un personaje popular, ser actor conocidísimo y demostrar a la ciudad entera que un simple hijo de rancheros puede conquistarla. Y no sólo a ella, sino a todo el mundo.

—¡Ambicioso el joven! Ese empuje es el que hace falta en las mayorías; si todos lo tuvieran, no habría mediocridad. Se ve que usted no quiere ser uno más, sino el más...

—...perdone que lo interrumpa, pero debo retirarme. Aquí tiene este cheque. Puede cobrarlo ahora mismo. Es sólo un adelanto por sus servicios.

—¡Gracias! ¡Gracias...! Verá lo que haremos por usted. Todos querrán conocerlo y nosotros lo dejaremos satisfecho.

* * * * *

—¡Corran muchachas! ¡Es él! ¡Es él! ¡Corran! (Griterío).

—¡Qué tal! ¡Qué tal! Mucho gusto, mucho gusto.

—¡Es exacto! ¡Es estupendo! ¡Mejor que en fotografía!

—¡Cálmense señoritas! ¡Cálmense! ¡No es para tanto! Una por una. A ninguna voy a dejar sin autógrafo... (¡Ah! Esto es lo que quería. ¡Qué diferencia! Sentirme bajo las miradas curiosas de quienes ni siquiera se conoce. Aunque a veces comienza a preocuparme esta popularidad. No puedo estar un momento tranquilo. En ningún lado, por más que lo busco.... No importa. Lo mejor es que ahora todo mundo habla de mí y soy motivo de sus pláticas...) Una por una... una por una... Todas tendrán mi autógrafo.

—¡Una fotografía por favor!

—Está bien...

—¡Otra! ¡Otra!

—Es suficiente. ¡Son muchos fotógrafos! Ya por favor, nada más...

—¡No! ¡No! Necesitamos algunas poses de usted...

—¡Que no! ¡Déjenme ya! ¡Déjenme ya!

—¡Dejen libre al señor! Se los suplico. El señor Daniel del Rey se encuentra ya cansado. Otro día, otro día. ¡Señor del Rey! ¡Corra mejor! Son muchísimos los que quieren verlo en persona. ¡Suba a aquel carro de policía! Por la otra entrada del teatro. Esta muchedumbre lo puede aplastar. ¡Corra! ¡Escape!

—¡Déjenme pasar! ¡Déjenme pasar! (Griterío. Golpes. Desmayos). Con permiso...

—¡Dejen pasar al señor Del Rey! A un lado, a un lado...

—(¡Es fastidioso esto! Los gendarmes apenas si pueden contener a la multitud. No puedo pasar. No puedo. Quiero algo de tranquilidad y esta gente que no me deja llegar al carro...) Por favor... por favor... Permítame... ¡Oh! Déjeme... Ahí está. ¡Uf! ¡Al fin...

—Siéntese cómodo señor Del Rey. Por poco lo desnucan sus admiradoras de tanto querer besarlo. ¡Lo qué es la fama! Está usted pálido y sudoroso, como en sus filmes de aventuras.

—¡No sabe lo que dice! Es abominable. ¡La detesto! Vea allá fuera como se arremolinan, como gritan, como lloran por no verme... ¡Es insoportable! Y pensar que... ¡Lléveme a casa, se lo suplico! (Necesito huir de todo este escándalo. Estoy harto. No

tengo un instante de paz y no sé dónde esconderme. Todos me conocen, todos saben quien soy, todos quieren hablarme, palparme. ¡Todos! Y pensar que esto era lo que ambicionaba. He sido un necio.)

—¡Cómo me gustaría ser tan famoso como usted!

—Vale más que nunca lo sea. No sabe en lo que se metería.

—Lo dice como si estuviera arrepentido o asustado. ¿Por qué...?

* * * * *

—¡Qué milagro que viene a estas oficinas! Como Daniel del Rey ahora es tan importante ni caso nos hace ya. Sólo recibimos instrucciones para su enorme publicidad por medio de su representante.

—Es que... Tal vez no me comprenda. ¡Estoy fastidiado de tanta mentira! ¡Tanta fantasía alrededor de mí! Así como ustedes me han dado la importancia que, tarde reconozco, no valía, quiero que me destruyan. Hagan llegar a todas partes la noticia de mi muerte...

—¡¿Qué?! ¿Va a suicidarse? ¿Bromea? ¿O está usted loco? En menos de dos años se ha colocado como la figura más prestigiada de los espectáculos mundiales. Hay muchas firmas importantes en juego. Disputan por contratarlo y sus ahora múltiples representantes, no se dan tampoco abasto.

—No, no me ha entendido. Quiero morir publicitariamente. A ver si así me dejan tranquilo. Me convertiré en ratón de sótano. No saldré de ahí hasta que me hayan olvidado...

—Pero... ¿y los compromisos firmados? Usted deseaba esto. No puede destruirse así como así. Aunque usted no lo crea, arruinaría a muchas empresas. Todas las que lo tienen cautivo y que le han dado adelantos por sus actuaciones. No puede... lo demandarían y aunque no quisiera usted, se reanudaría la publicidad para su persona. ¡Y con mayor intensidad! ¡Un verdadero escándalo de proporciones comerciales maravillosas!

—Para buscar la forma de evitar eso, acudí aquí. ¡Debe ayudarme!

—Lamento decirle que no puedo. Cómo justificarían la desaparición de su cuerpo. Recuerde la multitud de intereses a su rededor y el propio prestigio de mi compañía. Es una locura. Ahora se aguanta. Lo siento.

—Digan que perezí en un incendio... Lo tengo todo planeado. ¡Quiero desaparecer para el mundo y vivir como antes, en mi pueblo! Quiero acabar con todo esto o voy a volverme loco. ¡No resisto más! ¡No resisto! ¡En verdad!

—¡Cálmese! ¡Es imposible lo que usted pide! ¡Imposible! Debe continuar el éxito. El público lo exige y él es el único que puede darle fin a su carrera. ¡Cálmese! ¡Parece un niño espantado! ¡No sea irresponsable! A estas alturas resulta imposible retroceder con

tanta facilidad.

—¿De modo que ahora estoy convertido en un monigote del prestigio artificial que me rodea? ¡Eso creen! Voy a desaparecer para siempre. Lo verán.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Se ha vuelto loco! ¡Espere! ¿A dónde va? ¿Qué va a hacer?

* * * * *

—(Tengo que huir. Y esa gente que comienza a mirarme, a mirarme. No, no. ¡Que no me reconozcan! Debo apresurarme. Todo se me ha convertido en un laberinto. Tengo que huir... huir con rapidez...)

—Perdone... ¿Usted es...

—¡No! ¡Se equivocó! Déjeme en paz.

—¡Qué humor! Pero no cabe duda... ¡Es él!

—(¡Oh! Me ha reconocido. Tengo que correr, correr, correr...)

—¡Es él! (Griterío) sigámoslo para que nos dé un autógrafo. ¡Sigámoslo!

—(No puedo más, no puedo más. Y atrás vienen cientos persiguiéndome, como si fuera un criminal. Me siguen. Me alcanzan. Ya no puedo. Ya no puedo.

—¡Su autógrafo! ¡Su autógrafo!

—¡Arráncale la corbata!

—¡Déjenme! ¡Déjenme!

—¡No! ¡No lo suelten! Es una oportunidad para conocerlo. ¡Es tan famoso!

—¡Suéltanme! ¡Suéltanme! (No puedo más. No puedo resistir.) suéltan... me... suéltan... me... (No puedo... ¡Oh no...! Que hagan de mí lo que quieran... lo que quieran...)

—¡Su autógrafo! ¡Su autógrafo!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Su autógrafo! ¡Su autógrafo!

—¡Ya... no... ! Y... a... n... o...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



editorial del cardo